

SCOTT DE GREGORIO (ed.), *The Cambridge Companion to Bede*, Cambridge University Press, 2010, 272 pp.

Se ofrece en este excelente volumen colectivo una puesta al día sobre la vida, el contexto histórico, social y cultural, las obras y la pervivencia de quien no solo fue el más grande biblista de su tiempo, sino un autor prolífico y polifacético: crítico textual, lingüista, predicador, experto en liturgia, geógrafo, computista, educador, poeta, hagiógrafo, exegeta e historiador.

Tras una serie de contenidos preliminares (índice de los contenidos del libro, pp. v-vi; índice de mapas, vii; índice de ilustraciones, viii; informaciones sobre los autores, ix-xi; nota sobre las ediciones y traducciones, xii-xiii; prefacio, xv-xvii; tabla cronológica, xviii-xx, y mapas), el libro se articula en tres secciones: “Bede’s life and context”, “Bede’s writings” y “Reception and influence”. Las dos primeras constan de seis capítulos, y la tercera de cuatro. Cada capítulo se acompaña de unas notas muy sucintas colocadas al final del texto, lo que hace su consulta incómoda. Cierran el volumen sendos apartados sobre lecturas complementarias (pp. 243-245), bibliografía (pp. 246-264) y un utilísimo *index nominum* (pp. 265-272).

La primera parte comienza con tres capítulos que hacen las veces de introducción general. Michelle P. Brown (pp. 3-24) estudia la vida de Beda en su contexto: fuentes para su biografía, escritos, su vida en el monasterio, su relación con la cultura vernácula y la cultura material en los monasterios de Wearmouth-Jarrow (en adelante, W-J)...; James Campbell, los “Secular and political contexts” (pp. 25-39): el rango social de Beda, la historia de Northumbria y su relación con otros reinos, su organización interna, la sucesión real, el sistema de posesión de la tierra, las condiciones económicas y comerciales, la posición de los vencidos britanos bajo el dominio anglosajón... Rosalind Love, en fin (“The world of Latin learning”, pp. 40-53), pasa revista al papel central de la Biblia en la cultura de la época, las particularidades del saber insular y la biblioteca de Beda.

En el capítulo cuarto (“Church and monastery in Bede’s Northumbria”, pp. 54-68), Sarah Foot pasa revista a los tres elementos esenciales en la cristiandad northumbria: la conversión en dos

etapas, misioneros ‘romanos’ procedentes de Kent y misioneros irlandeses de Iona, dos modos distintos de evangelización, el uno basado en el asentamiento en sedes episcopales y el otro en la predicación itinerante; la conexión entre la actividad misionera y las casas reales de Deiria y Bernicia y la reorganización de la iglesia inglesa por obra del arzobispo Teodoro, que supondría el reestablecimiento de un tipo de obispado de orientación romana y la división posterior de la enorme diócesis de Northumbria en varios obispados más pequeños y manejables.

En el capítulo quinto Clare Stancliffe (“British and Irish contexts”, pp. 69-83), pasa revista al mosaico de pueblos con los que estaba en relación Northumbria y la visión que presenta Beda sobre cada uno de ellos. Si magnífica, quizás, el papel de los celtas en la evangelización de Northumbria, los britanos, en cambio, no resultan tratados imparcialmente, pues sus pecados, en opinión de Beda, atraen por dos veces el castigo divino (esta idea la tomó Beda precisamente de un britano, Gildas, para quien la llegada de los anglos fue un castigo divino por su propensión al pecado. Pero, mientras que Gildas desarrolla esta idea con la intención de apartar a su pueblo de las malas costumbres, en Beda se convierte en la justificación de la brutal invasión de los anglos), primero, al pedir imprudentemente el auxilio de los anglos, que acabarán dominando la isla, y después al negarse a abandonar sus prácticas erradas y a colaborar con Agustín de Canterbury en la evangelización de los anglos, que acabarán, de hecho, masacrándolos. En cambio, los celtas que re Cristianizaron Northumbria tras el fracaso de Paulino, y en particular Aidán, a cuya labor evangelizadora dedica Beda el libro tercero de su *Historia*, son mirados con enorme simpatía, si bien Beda se alinea con los partidarios de la ortodoxia romana triunfante en el sínodo de Witby. ¿Es Beda objetivo? Parece evidente que simplificó las cosas en contra de los britanos: silenció su tarea evangelizadora, que había cristianizado antaño a los propios irlandeses, y llevado misiones a tierras de pictos, y simplificó la aparente unificación religiosa tras Whitby, pues parece evidente que el triunfo completo de la ortodoxia romana que presenta Beda encubre, en realidad, la existencia de tres facciones: la céltica, en torno a Iona, la

intransigente del obispo Wilfrid, apoyado por el arzobispo Teodoro, y un término medio, que acepta la pascua canónica pero rehúsa renegar de todo lo irlandés (Cuthbert). Beda, en todo caso, reconoce que los irlandeses estaban equivocados, pero no son heréticos, y que sus errores deben perdonarse en consideración de sus merecimientos. Es posible también que en su antibritanismo influyan razones políticas: el peligro que suponía para Northumbria el poderoso reino britano de Strathclyde en su frontera noroeste y la existencia, quizás, en el reino de fuertes contingentes britanos no asimilados. La parte final del capítulo analiza la importante aportación irlandesa a la evangelización de Northumbria, cuya huella específica se aprecia en varios rasgos: importancia de la confesión individual, de diversas prácticas ascéticas y del eremitismo; alternancia de periodos de predicación y retiros espirituales; concepción de este mundo como un exilio, y valor simbólico de la peregrinación, renunciando a las comodidades de la propia tierra.

Ian Wood, en el capítulo sexto (“The Foundation of Bede’s Wearmouth-Jarrow”, pp. 84-96) analiza las circunstancias en que tuvo lugar la fundación de los monasterios hermanos de Wearmouth y Jarrow, en los que se desarrolla la vida de Beda, y las relaciones entre ambos. Wearmouth fue fundado, a instancias del rey Ecfriðh, por Benedict Biscop, mientras que Jarrow se fundó siete años después, también por iniciativa real, pero con una finalidad más específica: rezar y velar por la salvación del alma del soberano. Biscop puso al frente a Ceolfriðh, al que asignó una quincena larga de monjes de Wearmouth, a los que se añadió probablemente otro contingente de un monasterio que se había convertido en cenobio femenino. ¿Qué circunstancias llevaron a que, siendo dos monasterios inicialmente distintos, llegaran a estar luego tan unidos? Por una parte, el que la mayoría de los monjes de Jarrow provenía de Wearmouth; por otra, las relaciones estrechas entre Biscop y Ceolfriðh; en tercer lugar, la muerte de Ecfriðh un año después de la consagración del templo, pues su heredero Alfridht se desentendió probablemente de la finalidad inicial del nuevo monasterio, y, en fin, la muerte de Biscop, que convirtió a Ceolfriðh en abad de los dos monasterios.

La segunda parte, como dijimos, se dedica a la obra de Beda. Calvin B. Kendal (“Bede and education”, pp. 99-112), estudia cómo, tras la desaparición del sistema educativo romano en Galia y Britania, los monasterios tenderán un puente hasta el advenimiento del renacimiento carolingio. En Britania se formaba a los novicios mediante la memorización y el dictado en tablillas de cera, y se les enseñaba solo el latín necesario para el oficio litúrgico. La llegada del arzobispo Teodoro supondrá el establecimiento de una escuela episcopal de alto nivel, regida los dos primeros años por Biscop, que trasladará a Northumbria este nuevo modelo educativo, del que pudo beneficiarse Beda, que adquirirá en Jarrow un latín de corrección y resonancias clásicas, muy alejado de los manierismos del latín irlandés y de los solecismos del latín continental de un Gregorio de Tours. Además de la lengua, aprende versificación latina, matemáticas y astronomía, ciencias auxiliares necesarias para el cómputo, cuya finalidad última era la fijación exacta de la Pascua. En lo que se refiere a sus maestros, es probable que el principal fuera Ceolfriðh. En todo caso, hubo de beneficiarse del ingente acopio de manuscritos de Biscop y Ceolfriðh, que hicieron de W-J los monasterios más surtidos de Europa Occidental. Se analiza a continuación el papel destacado de Beda como educador en el monasterio doble. En los diez años que van desde su diaconado hasta su entrada en el sacerdocio a los 30 compone una serie de manualitos pensados para la enseñanza: elementos de latín, versificación y cómputo. Quizás su llegada al sacerdocio marque su consagración como “maestro” dedicado a la exégesis y a obras de más calado. En lo que se refiere a las instalaciones, es probable que los novicios residieran en un edificio aparte, donde también recibían sus lecciones, pero parece improbable que el aula de clase fuera también el *scriptorium* del monasterio, a no ser que tuviera dos pisos; los copistas, por lo demás, trabajaban a destajo (en la confección del *codex Amittinus*, por ejemplo, trabajaron nueve escribas), lo que implica que probablemente Beda tuvo que hacer muchas veces de copista de sus propias obras. Se analiza, en fin, el impacto de Beda sobre la cultura occidental: fama inmediata, demanda de sus obras en el Continente, consideración, incluso,

como el quinto padre de la Iglesia... Aunque su popularidad declina algo en el siglo XII, sus obras siguieron copiándose profusamente hasta la invención de la imprenta.

En el capítulo octavo ("Bede and science", pp. 113-126) Faith Wallis pasa revista a los tratados científicos de Beda, cuyos temas principales son el *computus* y los problemas técnicos del cálculo de la Pascua. En *De natura rerum* parte de la obra homónima de Isidoro, de quien se aparta en tres sentidos: segrega la parte que dedica Isidoro al tiempo, que integra en su *De tempore*, corrige (y mejora) a su modelo sirviéndose de Plinio y pretende dar la idea de que la ciencia clásica y la comprensión cristiana de la creación son compatibles y forman un todo coherente. La obra termina con una crónica del mundo en la que se demuestra que, si la duración del mundo es de 6000 años, no podemos estar en su periodo final, porque Cristo no nació al principio de la sexta era, como solía decirse, sino en la cuarta. Esta postura levantó contra él acusaciones de herejía, que motivaron, en parte, la redacción de su siguiente obra, *De temporum ratione*, en la que el *computus* se tiñe de una componente teológica y da cabida a la presencia de temas exegéticos.

En el capítulo noveno ("Bede and the Old Testament", pp. 127-141), Scott DeGregorio recuerda cómo el prestigio de Beda como historiador se forjó en el siglo XII, mientras que su fama como exegeta se generó ya en vida. Para su excepcional formación en este ámbito se conjugaron dos circunstancias providenciales, una biblioteca bien dotada en pleno norte de Inglaterra y un joven monje despierto y deseoso de estudiarla. Sus comentarios exegéticos del Antiguo Testamento abarcan tanto los libros considerados canónicos como los deuterocanónicos. Unas veces son comentarios verso a verso de libros enteros, y otras veces comentarios de pasajes. Algunos lo consideran un mero compilador, pero en ocasiones trata asuntos para los que no había precedente patrístico alguno (proverbios de Salomón, Tobías, Nehemías...). Muestra una notable familiaridad con los métodos exegéticos de la patrística y se alinea más bien con el alegorismo de la escuela alejandrina que con la primacía del sentido histórico y literal de la antioqueña, predominante en la escuela de Teodoro. Aunque es evidente el influjo de Orí-

genes en el reconocimiento de varios niveles de interpretación, no aplica de forma sistemática la idea de los cuatro sentidos, pues habitualmente toma en consideración solo dos, el literal y el espiritual.

En el capítulo décimo ("Bede and the New Testament", pp. 142-155), Arthur G. Holder estudia los siete comentarios de Beda al Nuevo Testamento. Interpreta el Apocalipsis no como una profecía referida al futuro, sino como un símbolo del periodo cíclico de lucha de la Iglesia contra las herejías y las persecuciones. En su comentario a los Hechos de los Apóstoles combina con maestría una gran variedad de fuentes para elaborar una síntesis coherente y legible, que más tarde matizó con una *Retractatio* en la que corrige una serie de errores gracias a su mejor conocimiento del griego y de la crítica textual. El comentario a las epístolas católicas tiene un fuerte influjo agustianiano y, frente a su tendencia habitual al comentario alegórico, resulta ser, en este caso, bastante literal. Es también compilador de unos *Excerpta* de las obras de Agustín sobre las epístolas paulinas, y autor de sendos comentarios a Lucas y Marcos, en los que inventa un sistema de notación para dejar claro qué toma de cada una de sus fuentes principales: Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio. En lo que se refiere a su método exegético, no vacila, siguiendo a Agustín, en ofrecer a veces más de una explicación para un mismo pasaje, siempre que se encuentre apoyo para ello en la Escritura. Se apropia, de forma ecléctica, de todas las técnicas de interpretación de la patrística: etimología de los nombres, simbolismo numérico, interpretación a partir de imágenes tomadas de la naturaleza y la historia, principio de concordancia con otros pasajes de la Escritura... Con un sentido bastante moderno (¿o posmoderno?), no le interesa tanto el sentido literal, ni aún menos los problemas de crítica textual, como lo que podría significar para los lectores contemporáneos, prefiriendo, por tanto, un proceso de apropiación del texto a, simplemente, un análisis crítico. Sus temas favoritos son la Iglesia primitiva, en la que ve un modelo para la comunidad monacal de su época; lo que debe exigirse a los pastores de la Iglesia, estudiar la Escritura antes de enseñarla, practicar lo que predicar y proclamar el Evangelio sin esperar

por ello ganancias materiales; los milagros, en cuya historicidad creía a pies juntillas; la importancia, en fin, de no separar la vida activa y la contemplativa, que simbolizan para él los dos mandamientos generales del Decálogo.

El capítulo undécimo, elaborado por Lawrence T. Martin (“Bede and preaching”, pp. 156-169) se dedica a la predicación. Aunque Beda no escribe ningún libro específico sobre predicación, su idea de ella, que se sustancia en dos aspectos básicos, convertir al que no cree y velar porque quien ya cree no incurra en errores doctrinales, aparece en sus comentarios bíblicos, que pueden considerarse manuales propedéuticos para la predicación. En su opinión, las dos cualidades que debe tener un predicador son una buena formación, en la que valoraba también el dominio de la retórica, y la santidad de carácter. Un buen predicador, como Aidan, es, además, un hombre discreto, que sabe no ponerse por encima de sus oyentes y no ser demasiado duro ni intransigente con quienes están entrando en contacto con la fe. Sus 50 homilías sobre los Evangelios constituyen una aportación capital al género homilético. Su estructura suele ser la siguiente: breve introducción, comentario versículo a versículo, explicación de personajes, escenario, detalles narrativos y valor simbólico, y conclusión, muchas veces una serie de *let us* para los oyentes. El influjo del Beda homilético no se limitó a su público más inmediato, pues, un siglo después de su muerte, al componer Paulo Diácono un amplio florilegio para la lectura nocturna del oficio divino benedictino, las homilías y comentarios de Beda ocupan el mayor número de *excerpta*.

Cierra esta segunda parte del volumen el capítulo de Alan Thacker (“Bede and history”, pp. 170-189), que subraya el interés innato de Beda por la historia, aunque subordinado a su “militancia” cristiana. Aunque sus obras puramente historiográficas son las vidas de santos, la historia de los abades y la *Historia Ecclesiastica* (en adelante, HE), lo cierto que la historia permea también las obras no historiográficas: el *De temporum ratione*, por ejemplo, termina con una crónica general y los comentarios bíblicos están saturados de la historia del antiguo Israel. Thacker pasa revista a las características de la historiografía clásica y a la eclosión de una nueva histo-

riografía con la consolidación del cristianismo, con dos hitos destacados, la *Historia ecclesiastica* de Eusebio, centrada ahora en el pueblo de Dios, y la *Vida de san Antonio* de Atanasio, que marca la conversión de la biografía en hagiografía, obras que leyó Beda en las traducciones latinas de Rufino de Aquileia y Evagro de Antioquía. El influjo de Eusebio en el plan general de la HE es evidente en la disposición cronológica general, con su presentación ordenada de la sucesión de obispados o herejías, aunque también se mantienen rasgos propios de la historiografía clásica, como la inserción de obituarios o discursos en estilo directo. Si algunas de las ideas de Beda, como su providencialismo, nos resultan hoy ingenuas, lo más moderno en su obra historiográfica es su interés por la reproducción de documentos de archivo y la selección entre sus fuentes de testigos que considera fiables. Entrando ya en los apartados específicos para cada una de sus obras historiográficas mayores, en la HE Thacker destaca la habilidad de Beda en la estructuración general de la obra y en el manejo de sus fuentes. La *Historia Abbatum* ofrece una historia, en dos libros, de los monasterios de W-J, que deja claro que los dos monasterios son fundaciones reales, y que la abacía, por consiguiente, no es un derecho hereditario de los familiares del fundador, así como también la necesidad de unidad entre las dos comunidades monacales. Las *Vitae Cuthberti*, en fin, constituyen la más destacada obra hagiográfica de Beda. Su fuente es una monumental *Vita* en cuatro libros, compuesta por un monje anónimo de Lindisfarne hacia 698. Beda la siguió en su versión en verso escrita hacia 705, eliminando algunos milagros, añadiendo incidentes de sus últimos días y sustituyendo la división en cuatro libros por otra en 46 capítulos. Debe leerse en paralelo con la versión en prosa, dirigida a un público más amplio, que supone un apartamiento más radical de la vida anónima, en cuanto que insiste sobre todo en la labor pastoral, eremita y abacial de Cutberto, a quien se equipara con el modelo de Antonio en Atanasio. Las dos versiones conforman un modelo acabado de *opus geminatum*, popular en Inglaterra en esa época, en el que las versiones en verso estaban destinadas a la privacidad de la propia celda y las prosísticas a una lectura pública en común.

La tercera parte del libro, dedicada a la recepción e influencia, se abre con un capítulo de David Rollason sobre el culto de Beda (pp. 193-200). Comienza investigando dónde, cuándo y en qué medida fue Beda —nunca en rigor canonizado, aunque se le concediera el título de Padre de la Iglesia en 1899— considerado un santo. Los tres pasos para el establecimiento de una “santidad” eran la composición de escritos dedicados a su vida y milagros, la aparición de un culto en iglesias con las que se relacionó en vida y el culto a las reliquias. La carta de Cuthbert, que narra los últimos días de nuestro erudito, es un primer indicio de la eclosión de escritos hagiográficos dedicados a su figura y hay evidencias de que a finales del siglo VIII existía ya un culto litúrgico de Beda en W-J y en diversas iglesias carolingias. En lo que se refiere a sus reliquias, ya en el siglo VIII empieza un cierto culto, si bien nunca alcanzaron el nivel de devoción de las de otros santos norteños, como Oswald o Cuthbert.

Joshua A. Westgard, por su parte, estudia la influencia de Beda en el Continente a partir de la época carolingia (pp. 201-215). Pocas generaciones después de su muerte su obra se había extendido por toda Britania e Irlanda y por el Continente, convirtiéndose en un pilar del sistema educativo carolingio, lo que permitió su difusión y la preservación mediante copias de su legado. Esta tarea carolingia está en la base de su popularidad en el siglo XII, momento en que alcanza su punto más alto. En los siglos XIII y XIV sus obras científicas pasan de moda, pero las exegéticas y la HE siguieron copiándose hasta la aparición de la imprenta. En lo que se refiere al sistema de difusión, Beda recurre al envío de copias *ad transcribendum*, que el receptor debía copiar y devolver, para que pudieran ser enviadas a su vez a otras personas. Beda esperaba además, obviamente, que esas copias realizadas generaran nuevas copias. Tras la muerte de Beda, la demanda era tal que el *scriptorium* de W-J tuvo que recurrir a un tipo de letra rápida, la llamada minúscula insular. Una vez que una copia llegaba al Continente, era ella la que poblaba con sus descendientes un nuevo territorio. Sorprende el extraordinario interés que despertó la HE no sólo en Inglaterra, sino en el Continente; de los fragmentos seleccionados en las numerosas coleccio-

nes de *excerpta*, y las anotaciones en los márgenes de los manuscritos, se deduce cuáles eran los aspectos más apreciados de su obra magna: las vidas de santos, los milagros y las narraciones de ultratumba. Su primer traductor inglés, significativamente, eliminó mucho material, pero conserva la información sobre milagros y santos. Parece que también a muchos lectores les atraerón los documentos insertados por Beda, y en particular el *Libellus responsionis*.

Sharon M. Rowley (“Bede in later Anglo-Saxon England”, pp. 216-228) examina la traducción de sus obras, especialmente la HE, al inglés. Se tradujo anónimamente entre 883 y 930, probablemente como parte del programa educativo de Alfredo. La existencia de cinco manuscritos dispersos por toda Inglaterra muestra que la obra fue popular y muy leída. El contenido se reduce en casi un tercio, pues se eliminan la introducción geográfica y casi toda la sinopsis de la historia romana, buena parte de la controversia sobre la pascua y todo lo que se cuenta sobre la herejía pelagiana, los detalles tomados de Adomnán sobre los santos lugares y la mayor parte de los poemas y epitafios; se omiten, además, o se resumen drásticamente, 13 de las 14 cartas papales insertadas. Mientras que los libros I y V sufren severos cortes, los libros III-IV, donde se habla de reyes y santos ingleses, permanecen, significativamente, casi enteros.

El testigo de los trabajos de traducción tras Alfredo lo tomarán Aethelwold, obispo de Winchester, y su discípulo Aelfric, profundamente influido por Beda, a quien cita continuamente, aunque combinándolo con otras fuentes y dándole un sentido nuevo, autor de un tratado sobre las estaciones del año inspirado en *De temporum ratione*, en que adapta los estudios sobre el *computus* de Beda a una nueva audiencia con otras necesidades y otro grado de conocimiento del latín. También es Beda una de las fuentes básicas del comentario bilingüe o *Enchiridion* que escribe Byrhtferth para sus estudiantes de Ramsey, básicamente otro tratado sobre *computus*.

Allen J. Frantzen (“The Englishness of Bede, from then to now”, pp. 229-242), por último, el estudia el papel de Beda en la cultura inglesa desde la época anglo-normanda hasta la era moderna. Durante los siglos XI y XII su nombre es invocado

por todos los cronistas, pero su obra histórica es solo una faceta de su popularidad, pues se le considera también un consumado exegeta, en lo que influye su presencia en la *Glossa ordinaria*, donde aparece equiparado a Agustín o Gregorio. Para los normandos Beda era un representante de una época gloriosa de Inglaterra que había decaído, y que los normandos estaban ahora en condiciones de restaurar, y lo utilizan, por supuesto, para sus propios fines. Lanfranc, primer arzobispo normando de Canterbury, lo usa para defender la primacía de su sede, y Malmesbury retoma la idea que Beda tomó a su vez de Gildas de la invasión por un pueblo extranjero como castigo divino: lo que habían sido los anglos para los britanos son ahora los normandos para los anglos. Beda influye además, poderosamente, en la *Historia Ecclesiastica* de Orderic Vitalis, en la *Historia Anglorum* de Henry de Huntingdon, y en la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey of Monmouth, pero, mientras que Beda se había centrado en los anglosajones, cuya conversión se sentía ahora como una especie de Edad de Oro, Monmouth lo hace en los britanos ubicados en la parte más occidental de la isla, en torno a los cuales crea otra Edad de Oro anterior a la de Beda, la de Arturo. Mientras que el prestigio de Beda como historiador se vio nublado por la popularidad de las supercherías de Monmouth, su popularidad como traductor creció al final de la Edad Media, y llegó a tal extremo que llegó a pensarse que había traducido la Biblia al vernáculo. En los siglos XV y XVI, la HE pasa a considerarse una obra teológica, y como tal es mirada con sospecha. Quizás por eso no se imprime en Inglaterra, sino en Estrasburgo (1475-82). Diversas personalidades de la época leyeron a Beda y tenían incluso copias, como el propio Ben

Jonson, pero se le conocía ya poco, de modo que su figura pudo ser utilizada apologeticamente tanto por católicos como por protestantes. Thomas Stapleton, por ejemplo, en su traducción al inglés dedicada a la reina, intenta hacer ver las diferencias entre la auténtica Iglesia inglesa, descrita por Beda, y la que propugnan los protestantes, pero John Bale se apoya también en Beda para su teoría de las dos iglesias, una corrompida, con sede en Roma, y otra auténtica, que se mantiene en lugares aislados, como la que pinta Beda en los orígenes de la conversión anglosajona. Ya en la era moderna, hay que hacer referencia a la edición de John Smith en 1722, que establece una sólida versión del texto latino que permanecerá vigente hasta la edición de Plummer. Concluye, en fin, el capítulo, con una reflexión sobre la imagen de Beda en el siglo XIX, en el que, como a otros tantos grandes autores, se le atribuyen obras que no son suyas. Eruditos como Plummer se hicieron eco de su orgullosa insularidad y la admiración que le profesaba Wordsworth es perceptible incluso en el “contrato de intertextualidad” que establece en sus *Ecclesiastical Sonets*, que se hacen eco de los orígenes y desarrollo de la cristiandad en Inglaterra, y en los que se anhela un tipo de vida retirada y eremítica, sobre la que planea en todo momento la sombra de Beda, descuidado también, quizás de la actividad pública, pero activo en sus tareas intelectuales hasta el día de su muerte.

El amplio resumen que, abusando de la benevolencia de los editores, presentamos en estas páginas, es solo una muestra insignificante de lo que ofrece este libro, que ningún estudioso de Beda debería dejar de leer.

Antonio María MARTÍN RODRÍGUEZ